



La farsa

Andrea Sol



UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

Mención honorífica

Premio DEMAC 1998

(SG/DIGPRES/CNCA/INBA)

Esta novela habla del silencio de la mujer ante el hombre: padre, esposo y toda figura masculina que les represente autoritarismo y violencia.

El lector espera, a cada paso, la rebeldía de una mujer que ha sido sometida, hasta tocar los linderos de lo inhumano; ella se silenció y paralizó en la infancia, cuando por una travesura infantil, el padre intentó arrojlarla hasta seis veces al fondo de un pozo.

María Luisa Burillo



Centro de Estudios
Javier Barrios

La Secretaría de Seguridad Pública, por medio de la Dirección General de Prevención y Readaptación Social (DIGPRES), el Premio Documentación y Estudios de Mujeres, A.C. (DEMAC), y el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (CNCA), a través del Instituto Nacional de Bellas Artes (INBA), convocaron al Concurso Nacional de Información y Promoción de la Literatura y Dirección del Buzón Penitenciario.

Primera edición, 1998

D.R. © Documentación y Estudios de Mujeres A.C.,
México, D.F.

Segunda edición, 1999

D.R. © UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

Coordinación Editorial

Francisco Rojas González 131

Colonia Ladrón de Guevara

44600 Guadalajara, Jalisco, México

<http://www.editorial.udg.mx>

E-mail: edudg@udgserv.cencar.udg.mx

ISBN: 968-895-850-6

Impreso y hecho en México

Printed and made in Mexico

Índice

Prólogo	5
<i>Haciendo un recuento de mi vida...</i>	7
Mi prometido oficial, mi primo	35
De mis compañeros de escuela	41
Días en rojo	61

Prólogo

Esta novela nos captura con un tono confesional y estilo sencillo desde las primeras líneas, en las que la autora reconoce su confusión e invita al lector a esclarecer el nudo de este relato. Por otra parte, toma ese silencio ancestral de muchas mujeres ante la figura del patriarca, llevándolo hasta fatales consecuencias. Recordé al seguir los pasos de la protagonista, la novela de Mariana Marianni, *La larga vida de María Ucría*, donde la heroína es sordomuda. “La palabra es una manera de hacerse justicia, porque el mundo nos está malinterpretando”, comentó al respecto Germán Dehesa, al explicar esta novela, y se convirtió en una de las frases más importantes en mi devoción por la palabra escrita.

Andrea Sol, al igual que María Ucría, emprende un doloroso y necio medio de expresión, que hable por sus silencios. No necesariamente se es sordomuda cuando se nace así, en el caso de Andrea es la violencia psicológica y física del padre y del esposo lo que la silencian y paralizan y —en un momento fatídico— toma las proporciones de una tragedia.

Esta novela es también un aspecto más del problema de autoritarismo del cacique que, como lo señala Carlos Fuentes al comentar *Pedro Páramo*, en los países latinos el tirano no se permite ser completamente malo, porque lo traiciona su corazón. Pero cuando Pedro Páramo claudica, a la muerte de Susana San Juan, lleva una silla afuera de la hacienda y no responde a nada y se convierte en piedra, pero muere con él la vida de todo un pueblo.

María Luisa Burillo

Haciendo un recuento de mi vida, sé que ha valido la pena y tengo que darle gracias a Dios por lo vivido. También tengo tantas dudas, que por más vueltas y vueltas que le doy, no encuentro la respuesta... tú que me lees te pido que analices con más objetividad.

Mi infancia transcurrió en tonos pastel, y a la vez con manchones: tonos claros, porque tuve unos padres muy buenos; me consentían mucho y me daban todo lo que *la niña* quería. Como era la única hija, aparte de mimarme me exigían mucho y me sobreprotegían. Voy a platicarte de mi padre y de mi madre. Mi padre era una persona muy buena, muy trabajadora y luchona; por lo tanto, él tenía todo el derecho de exigirnos a mi mamá y a mí perfección, limpieza, puntualidad y sobre todo arreglo personal. De mamá iré hablando, si papá lo permite.

Entonces, como puedes imaginarte, la atención a mi persona, estudios, vestuario y modales eran exagerados. Recuerdo que en una ocasión fuimos juntos casi toda la familia: primos, primas y tíos de paseo a una casa de campo que tenía mi familia cerca de la ciudad y yo como

siempre iba vestida impecable. Mi primer mal rato fue cuando llegamos y mi papá vio a todos mis primos *hombres* saludándome normalmente de beso; él no lo soportó y me dio un jalón horrible —todavía lo siento— porque mi papá era muy celoso; yo le podría llamar enfermo de celos. Me llevó a la camioneta y como mi mamá me vestía con vestidos perfectos muy cortitos, de esos que se usaban antes, de holanes y ampones y calzones con encaje, para que se vieran ¿me entiendes?, y para acabarla de rematar, calcetines también de encaje. Cuando llegamos a la camioneta, me bajó la bastilla del vestido, arrancó los encajes de los calzones y me estiró los calcetines hasta que llegaran a las rodillas. Yo estaba espantada; no sabía ni me animaba a decir nada. ¡Qué esperanzas! —yo me decía—, si hablo, o digo algo me mata.

Entramos a la casa. Mi familia me veía y puedo jurar que me tenían lástima y a mi papá terror, por lo que nadie dijo nada. Pero yo sentía y sabía que todo mundo se compadecía de mí y de mi madre. Y eso me daba sentimiento y mucho coraje, porque eso sí; yo podía decir o pensar cosas de mi papá, pero no podía soportar lo que yo con certeza sabía que la gente pensaba y murmuraba de él; un sentimiento que no puedo explicar, pero sé que tú me entiendes.

Ya entrada la tarde, me fui a jugar con mis primos a un patio en el que había muchos árboles y en medio un pozo de agua. Jugué y jugué hasta que me cansé y decidí regresar a los co-

redores. Había varias mesas y la familia estaba platicando. Me divertí en grande y no me di cuenta de la hora que era; no me acordé de revisar mi vestido, ni mis zapatos, para presentarme ante mis papás. ¡Imagínate! Mi papá ya estaba furioso, porque ya tenía yo largo rato de no aparecérmelo y sabía que yo andaba jugando con mis primos hombres. A mi mamá ya la tenía nerviosísima pregunte y pregunte por mí. Cuando me acerqué a mi papá, con sólo verle la cara supe lo que iba a pasar. Mis zapatos ya no eran blancos; estaban llenos de lodo y el vestido —ni se diga— era de tela de organdí y estaba desgarrado, peor de como me lo había dejado él, con los jalones que me le había dado en la camioneta. Se levantó y puedo jurar que toda la gente lo notó y en especial mi tía, hermana de mi mamá, que nunca se casó y me quiere como si fuera su hija. En ese momento, si hubiera habido la posibilidad de desaparecer, ojalá me hubiera esfumado, porque me agarró de los dos brazos, me llevó hasta el pozo e hizo como que me iba a tirar y me volvió a sacar; seis veces hizo lo mismo, y me repetía: “Para que te vuelvas a ensuciar. Vuélvelo a hacer y te prometo que te meto hasta el fondo.” Yo pensaba: ojalá lo haga de una vez por todas y así ya no sufro y no veo a mi mamá sufrir. Esto pasó en un bello día de campo.

Mi tía, quien me adora, se preocupaba siempre por llevarme de vacaciones, a donde fuera... Hubieras visto el trabajo que le costaba

conseguir el permiso; y soportar la primera respuesta: ¡No! Después, rogarle a mi padre y sufrir condicionamientos, encargos y demás.

En una ocasión, me llevó a un paseo todo un fin de semana. ¡Olvídate! Para mí fue una liberación: comí lo que quise; usé la ropa que me dio la gana, porque has de saber que yo tenía ropa especial para jugar en el jardín; ropa especial para jugar dentro de la casa; especial para salir al circo. Así que yo andaba feliz y sin preocupaciones. Me desvelé hasta las doce de la noche. ¡Si me hubiera visto mi papá, yo creo que se hubiera muerto!, pues me picaron los mosquitos y parecía que tenía viruela. Ya sabrás la preocupación de mi tía y el susto que yo tenía de pensar lo que me iba hacer mi papá (con decirte que en mi casa las puertas de las recámaras tenían que cerrarse a las siete de la noche para que no entrara ningún bicho). Yo ya tenía que estar bañada, cenada y acostada para dormir a más tardar a las nueve. Él llegaba; me daba la bendición y era todo.

Se llegó la hora de regresar a la casa, después de ese padrísimo fin de semana. Ya sentirás los nervios. En el camino de regreso nadie hablaba, nadie decía nada, pensando qué iba a pasar. Yo me iba muriendo de calor porque venía con mallas, pantalón largo, manga larga y cuello alto de tortuga. Por fin llegamos y que sale a encontrarme papá, quien inmediatamente se imaginó al verme tan cubierta qué era lo que estaba pasando.

Entonces me ordenó: “Súbete, báñate y acuéstate. Tu madre te está esperando arriba. Yo ahorita voy para que me platiques cómo te fue. ¡Ah!, y arregla tu uniforme del colegio para mañana; los zapatos ya están boleados.” Me subí, abracé a mamá; me dio muchos besos y me dijo: “Hija, no tengas miedo. Te voy a bañar y a poner crema en tu cuerpo para que no se noten tanto los piquetes.” Recuerdo que era una crema como pasta de color rosita que se llamaba Caladryl. Mientras mi mamá me atendía, mi papá se quedó hablando con mi tía. Al siguiente día —como de costumbre— papá me subió el desayuno y me dio de comer en la boca y después me llevó al colegio. De la conversación de mi padre con mi tía me enteré y no lo podía creer... papá le aseguró que si por él fuera, hasta los quince años yo dejaría de tomar biberón, o que si ella quería podría comprarme un capelo de cristal para que no me diera ni el aire. Ella le advirtió a papá que estaba haciendo una niña tímida, insegura, miedosa, enfermiza y no sé qué tanto más; el caso es que jamás se volvió a tocar el tema.

Yo iba a un colegio de monjas españolas misioneras. A diario a las ocho en punto teníamos que estar todas sentadas en nuestras respectivas bancas en el templo del colegio para oír misa. Siempre la pasaba cabeceando en misa, porque para mí era muy temprano y las misas las hacían largas. La Madre Superiora siempre me cachaba y me acusaba con mis padres. Ellos

eran benefactores del colegio y asistían puntuales a las citas o juntas escolares. Para que ya no me pasara esto, decidí meterme a la estudiantina, para tocar los panderos y así no dormirme: el problema tuvo solución; jamás volví a quedarme dormida en misa.

Llegó Navidad y, eso sí, papá y mamá tenían mucho espíritu navideño. Compraban el árbol, luces y adornos en Estados Unidos. La casa quedaba preciosa y a toda la gente le gustaba ir a comer o a cenar para admirarla. En verdad era algo precioso empezar a comprar los regalos, esconderlos para que yo no los viera y, una semana antes de la Nochebuena, no me dejaban entrar a mi recámara, porque cada año en esas fechas aparte de mis regalos —que eran muchísimos— cambiaban la decoración de mi recámara totalmente: alfombra, tapiz, cortinas, sábanas, estéreo, televisión. Todo me lo dejaban ¡nuevo! Tengo muy bellos recuerdos de esas fechas... Una Navidad, yo ya tenía siete u ocho años, después de una comida que dieron mis papás, cuando ya todos los invitados se habían ido, nos quedamos mi papá, mi mamá y yo sentados en la sala, observando el arbolito y todos los adornos. De repente, el árbol se ladeó; se cayó y se rompieron las esferas y se fundieron las lucesitas. Mi papá trató de arreglarlo ¡fue inútil! No se pudo. Y cuando mi papá me vio llorando, me pidió desesperado que no llorara: “Hijita, ahorita vamos a comprar otro arbolito y más lucesitas, ¿verdad, vieja?” Y además me

confortó: “Te voy a comprar algo que yo sé que es tu sueño.” En eso yo dejé de llorar y nos fuimos a un centro comercial. Compramos el árbol, más luces, más adornos ¡todo precioso! “¿Ven esto? —me indicó—, ahora vamos por la sorpresa que te prometí.” Nos dirigimos a una veterinaria, en donde había muchos perritos graciosísimos y me pidió: “Escoge dos, una hembra y un machito.” Eran *cocker spaniel* blancos hermosos y me los compró con todos sus accesorios: el collar, camisetas y platitos para que comieran. Yo no lo podía creer, porque para mi papá los animales traían infecciones. ¡Cómo es que me los había comprado! Pero bueno, yo venía de vuelta a casa fascinada con mis perritos y mientras que mis papás ponían el árbol, las luces, los adornos y demás, yo jugaba en la alfombra de la sala con ellos. Cuando terminaron de adornar, mi papá sacó a los cachorritos al jardín y les acondicionó una casita y se devolvió conmigo y me ordenó: “Sube a bañarte y tállate bien.” Yo obedecí y me subí a bañar. Me tallé bien y salí de la regadera. Cuando mi mamá me estaba poniendo los calzones (porque hasta esa edad me vestían) mi papá entró con un talco y un *spray* para rociarme con ellos. Yo no sabía que eran un antipulgas y un desinfectante. Y me advirtió: “Hijita, es la primera y la última vez que abrazas a esos perros. Los puedes ver desde el ventanal del comedor y mañana tu mamá te va a llevar con un otorrinolaringólogo para que te revise bien; no

vayas a traer un bicho en los oídos. Que no me entere que estuviste jugando con ellos, porque los echo a la calle. Tú bien sabes que de todo me entero.”

Te puedes imaginar cómo me sentí. No entendía qué pasaba, por qué me los compraba y luego me prohibía jugar con ellos; pero pasaron unos días y se fue aminorando la vigilancia, yo sola escogí una ropa apropiada, exclusivamente para jugar con mis perritos, y él nunca se enteró. Fue cuando aprendí a decir mentiras y a buscar mañas. Obviamente mi mamá y mis tías también sabían de las contradicciones de mi padre, y me dejaban jugar con ellos. Cumplí nueve años. Un día nos invitó a comer una tía, hermana de mi abuelita; era un amor. Llegamos a la casa como a las once de la mañana e iban a pasar un partido de fútbol. Mi papá se fue a una salita a ver la tele y nosotros a la cocina y al comedor a platicar y checar la comida. A un hijo de mi tía, que es arquitecto (y que por cierto estuvo muy mal de sus nervios a raíz de esto que te voy a platicar), se le ocurrió hacer en su casa un segundo piso para su despacho, con restiradores, libros y reconocimientos de sus estudios. Las escaleras para subir al despacho estaban en la sala. Mi tía y yo subimos a conocer el famoso lugar; lo recorrimos todo y estaba muy bonito. De regreso, nos bajamos despacito, pues no había protección y al llegar al último escalón de abajo se me volteó el peldaño y me caí. Los escalones eran de fierro y es-

taban sobrepuestos. Mi tía los acomodó y nos fuimos a la cocina. Cuando yo pasé por la salita de televisión en donde mi papá veía el partido de fútbol —era el medio tiempo— papá me llamó para pedirme un vaso con hielo y una Coca-Cola. Yo le dije que sí y me fui a la cocina. De repente se oyó un ruido estridente, aterrador y un grito de dolor. Era el grito de mi madre, aún lo puedo escuchar bien claro. Llegó una de mis tías y me abrazó y me llevó a un baño que estaba en el fondo de la casa, en un patio. Ella lloraba y yo escuchaba gritos y el zumbido de la ambulancia: llantos, sollozos y murmuraciones a mi alrededor. A pesar de que nadie me había dicho nada y yo no había visto nada, pude adivinar lo que ocurría: mi papá está muerto, pensé, y no lo pude pronunciar. Era algo terrible e injusto: sentía que mi papá nos había abandonado... Cuando arrancó la ambulancia, acompañando a mi papá, se fueron con él mamá, mi abuelita y mi tía. Después, me enteré que él había muerto en el instante: no sufrió.

A mí me llevaron a mi casa. Empezaron a llegar tíos, tías, primos, primas, sacerdotes y amistades. Todos lloraban y se compadecían de mí. Yo jamás lloré. Sentía que me tenían lástima y más cuando llegaron dos camiones de mi colegio: uno lleno de monjas mercedarias y otro con todas mis compañeras amigas y maestras. Ya te imaginarás, yo con el sentimiento que traía y como nunca me ha gustado que me compadecan, me porté rebelde ante todo el mundo;

no grosera, simplemente callada y sin llorar. Cuando llegamos a la funeraria ya había cantidad de gente, coronas y arreglos florales. Yo llegué acompañada por mi tío abuelito y mi mamá. Era obvio que ella tenía que recibir condolencias y cumplir con cierto protocolo. Yo sola y retraída, me quedé viendo a mi papá, a través del cristal del féretro. No le quitaba la vista; quería estar segura de que en realidad ya no respiraba ni se movía. De repente le empezó a salir sangre por los oídos y la nariz; yo fui sola a conseguir algodón. Llegué, abrí el cristal y lo empecé a limpiar. Le puse al final un tapón de algodón en cada oído y en cada fosa de la nariz. Le di un beso y cerré el cristal. En ese momento, ni siquiera me había fijado en la cara que tenían todas las personas que me observaban sorprendidas por mi actitud; yo tenía nueve años.

Mi tío abuelito, que después se convertiría en mi tutor, a quien yo adoraría como a un verdadero padre y abuelito, me sacó de la funeraria y nos fuimos a comer, los dos solos, a un restaurante que se especializaba en paella. Mi abuelito sabía que me gustaba mucho.

Empezamos a platicar de lo ocurrido. Él me pidió que nunca me sintiera sola, que entre todos mis primos, yo era la consentida. Y sí, efectivamente, cuando mi mamá era soltera, ella también era su consentida. Cuando mi abuelito fue colaborador en la Presidencia Municipal y tenía que ir a la capital del país y a giras o even-

tos, se llevaba a mi mamá, y aunque tenía una hija de su primer matrimonio, ella casi nunca los acompañaba porque era reconocidamente mala, celosa, egoísta y grosera. Cuando esta hija se casó, tuvo tres hijos varones. A mi abuelito le encantaban las niñas. Casi al mismo tiempo nació yo, una niña. Toda la familia se volvió loca de gusto. Mi abuelito, ni se diga, así que yo ocupé el lugar de mi mamá. Él me llevaba a todas partes: eventos, reuniones y todo lo relacionado con su trabajo. Era un gran empresario, también fue diputado y senador. Y cuando no tenía algún puesto público, sólo se dedicaba a su empresa. Mi tía abuela me quiere mucho; fue la segunda esposa de mi abuelito. La hija del primer matrimonio de mi abuelo, la que te platico que es mala, era su hijastra y nunca se pudieron llevar bien.

Cuando se terminaron la misa y el entierro fuimos de regreso a mi casa, y la familia completa nos acompañó, a mi mamá y a mí, hasta ya muy entrada la noche.

Como mi casa quedaba a un lado de la de mi abuelita, decidieron comunicarnos por el jardín, y por una de las recámaras. Todo aparentemente iba bien. Mamá se dedicó en cuerpo y alma a mí, y se encargaba de los quehaceres de la casa. Mi tía se hizo responsable de la administración; gran parte de los negocios de la familia, la parte de mi mamá, la de mi tío y las de mis abuelos. Ella supervisaba y administraba todo. Otra de mis tías trabajaba como demos-

tradadora de productos de belleza, y siempre estaba fuera de la casa.

Mi mamá duró de completo luto trece años; vestida toda de negro. Era obvio el daño que le estaba causando el luto: manchas en la piel y alergias, y a mí sin sentir me causaba más daño, porque yo soñaba a mi papá... lo veía irse de espaldas del brazo de una mujer de pelo rubio, y eso me enfermaba a tal grado que llegué a voltear hacia la pared todas las fotos de mi papá. Mi mamá lo notó y decidió llevarme con un psicólogo, quien, por cierto, nada más le sacó dinero y no me sirvió de nada. Yo sola, poco a poco, empecé a pedirle a papá que descansara en paz; y eso quedó atrás, pero como siempre surgió un nuevo problema... Todos mis tíos hombres se quisieron poner en el lugar de mi papá, cosa que yo aborrecía, porque empecé a crecer y para salir a una fiesta tenía que pedirle permiso a todos o, por lo menos, al que se daba cuenta. Para acabarla de amolar, como yo no tengo hermanos, no me dejaban salir. Entonces tenía que conseguir más invitaciones, para poder invitar a alguna prima que me acompañara y solamente así me dejaban ir. Para que mi prima o mis primas quisieran ir conmigo, me condicionaban: “Si nos prestas tu ropa, sí vamos; si no, no.” Yo siempre he tenido buen gusto para vestir; la mayor parte de mi vestuario lo compraba en Europa o Estados Unidos. Como mi mamá me prohibía prestar ropa, la ponía en bolsas de plástico y la aventaba a las primas

por el balcón de mi recámara. Además tenía yo que ir a pedirle permiso primero a mis tíos, para que las dejaran ir y de remate mis tíos “como me querían mucho”, hacían hasta el cansancio las preguntas de siempre: “¿En dónde va a ser? ¿Quién la está organizando; cómo se llaman los señores de la casa; en qué trabajan; son gente conocida?” Y si el fallo era positivo, seguía pedir permiso a mi mamá y a mi tía y me volvían a preguntar: “¿Y quién va a ir contigo?” “Van mis primas”, contestaba. “¿Segura que ya las dejaron ir?” “Sí mamá”, le insistía. Las mismas preguntas que ya me habían hecho mis tíos. Después de todo esto, se comunicaban ellos y se ponían de acuerdo en la hora del regreso; tenía que ser antes de las doce de la noche.

No te había platicado que yo tenía gente que me cuidaba. El custodio más feo, grandote y gordo era el más buena persona. Tenía órdenes de no estar retirado de mí a más de cinco metros de distancia. Imagínate, semejante hombre armado hasta las cachas. En la fiesta, me mandaban llamar los papás de mis amigas o amigos para preguntarme si venía conmigo. Yo les contestaba que sí, que siempre me cuidaban; que si no, no me hubieran dejado asistir a la fiesta. Hacían una seña como de asentimiento y después de unos segundos de silencio, me preguntaban: “¿Es muy necesario que el guardaespaldas esté adentro de la casa o del jardín?”, y yo les respondía que sí, porque si lo sacaban, me tenía que ir yo también. Al final, aparentemen-

te comprendían y me divertía mucho. Me fui acostumbrando y ya no me importaba; al contrario, empecé a cambiar de forma de ser, y yo misma presumía a mi guardaespaldas.

Con respecto a mis tíos empezó a empeorar la situación; todos querían adjudicarse el título de padre. Fueron tantos los malos ratos y tantos los corajes, que tuve que hablar con quien tenía que haber hablado desde un principio: con mi tutor, mi tío abuelito. Recuerdo que cuando le di la queja se enfureció tanto que los mandó llamar a todos. Los citó en su oficina delante de mí, y les dio una buena regañada. Los puso en *su lugar* y les prohibió que se volvieran a meter en mi vida. Los amenazó con quitarles sus trabajos o puestos públicos que él les había conseguido y... ¡santo remedio! Cuando ellos salieron de la oficina, yo me quedé sentada con la boca abierta de todo lo que les dijo. Él se sentó en el sillón de su escritorio y me comentó: “Bueno, hija, ya te quité a los buitres de encima. Si ellos creían que iban a quedar bien conmigo, haciéndose pasar por tu papá, se equivocaron. Que ni te miren feo, porque se las van a ver conmigo. De ahora en adelante, te voy a poner una escolta oficial para ti, para que te cuiden y no tengas necesidad de andar pidiendo permisos a tus tíos, ni tampoco soportando a tus primas las gordotas ¿Y cómo voy a creer que se ponían tu ropa, cómo les entraba, si tú eres delgadita y finita?” Modestia aparte, se notaba que me quería.

Y empezó el tiempo de vagancias; a hacerme la pinta del colegio. Ahora pienso que yo era insoportable e incorregible. Me expulsaron del colegio de monjas. Como te digo, yo era vaguísima y hacía mucho renegar a la Madre Superiora, a quien le decíamos La Ratona. Cuando finalizó el año, me saqué pésimas calificaciones, bajísima conducta; eso sí, en deportes me gané un cien. Total que por más que le buscaron la forma de ayudarme para que mis calificaciones finales alcanzaran el promedio para pasar de año, nomás no se pudo. Fue mi mamá a hablar con las monjas; pero todo fue inútil. A mi pobre mamá siempre la hacían llorar, suplicar y qué sé yo. Reconozco que no eran ellas quienes la hacían llorar, sino yo por mi conducta y rebeldía. Ese día también fue de visita mi tutor, mi adorable abuelito, para hablar con las monjas; a ver si con su influencia lograba algo bueno. Después de hablar con la Madre Superiora, ella con mucho respeto le aclaró a mi abuelo: “Usted ha ayudado mucho al Colegio y al convento; nos ha conseguido grandes mejoras; por lo tanto, nada más le pido que le diga a su nieta que me pida perdón por todas las atrocidades que ha hecho y por todos los malos ratos que me ha hecho pasar, ¿qué le parece?” Mi abuelito se regresó a verme y le pidió a la Madre Superiora que nos dejara unos segundos solos para poder platicar. La Madre se retiró y nos quedamos solos. Me miró con cierta sonrisa picaresca que me hizo sentir bien

y me dijo: “Hija haz un examen de conciencia, detenidamente, y piensa con sinceridad si en verdad vale la pena pedir perdón; si tus faltas son tan graves que lo ameriten.” Me quedé pensando —imagínate, era mi colegio de toda la vida, desde maternal, kínder, primaria; casi toda mi niñez y me dolía perderlo—; pero le contesté: “No creo que amerite pedir perdón. Es más que nada una humillación para ti y para mí.” “No pienses en mí —observó— piensa en ti.” Al final mi respuesta fue negativa. Mi abuelo hizo entrar a la Madre Superiora y le dijo: “Madre, siento mucho decirle que mi nieta no va a pedirle perdón, es su decisión y yo la tengo que respetar... con permiso.” La monja nos llamó varias veces: “¡Esperen, esperen!” Salimos del Colegio sin volver jamás.

Ya fuera, reconozco, cuando nos subimos al carro suspiré y vi por última vez mi colegio, el de toda la vida. Ahí hice mi Primera Comunión vestida de monja y tantas otras cosas, pero ¡ni modo!, ya no había nada qué hacer.

Me inscribieron en otro colegio, dizque muy bueno, según las recomendaciones; nuevo, se inauguraba ese año; también de monjas. Recuerdo una casa en el cruce de dos calles, en la pura esquina. Te imaginas lo que sentí cuando entré a esa casa y la recorrí toda, ¡sólo dos salones espantosos!, después de haber estado en un colegio que abarcaba dos cuadras. ¡Me quería morir!, pero ya no se podía dar marcha atrás. Empezó el ciclo escolar. Resultó que en ese

colegio se habían inscrito todas las alumnas que habían sido expulsadas de otros colegios de la ciudad; así que el alumnado lo formábamos todas las expulsadas, y a la vez conocidas, porque nos veíamos en las mismas fiestas, en las mismas reuniones y en el mismo club; así que ¡el relajo que se armó! En todo el año no nos pudieron controlar.

Recuerdo que había una monja enojona, escandalosa y amargada y que cuando llegó el día de su cumpleaños se me ocurrió que entre todas las compañeras de mi salón le hiciéramos tres pasteles de chocolate, cubiertos con betún revuelto con un laxante fuertísimo. ¡La monja andaba que ya se iba por el excusado! Se puso mal y nos asustamos; era obvio, nos cacharon. Pero ¡santo remedio!, a todas nos aprobaron ese año y cerraron el famoso y horrendo colegio. Ya sabrás la regañada que me dieron mi mamá y mi abuelito. En esa ocasión el abuelo sí me dijo que me había pasado de lista.

Me fui a otra escuela. Ahí conocí a un muchacho que llegó a ser mi novio, con quien no me dejaban andar. Curiosamente se llamaba igual que mi primo, a quien por costumbre familiar, al nacer, me habían designado como prometido oficial para casarme. Te hablaré de él en un capítulo aparte.

Cuando entré a esa escuela, tuve que tomar un año de clases intensivas y audiovisuales en una institución privada para la enseñanza del idioma francés. Ahí conocí a las hijas del Goberna-

dor. Fue lógico que nos hiciéramos amigas, por la amistad que había entre el Gobernador y mi tío abuelo.

En una ocasión nos invitaron a un certamen de belleza en el hotel Camino Real: obviamente mi mamá no me permitió ir, y a mis amigas tampoco; pero aun así, nos la averiguamos y nos fuimos. En ese entonces yo ya andaba de novia con Juan Carlos —el que fue mi esposo—. Todo iba muy bien hasta que al llegar nos escogieron como parte del jurado y aceptamos sin pensar que el evento iba a ser televisado. ¡Por supuesto, nuestros papás se dieron cuenta de que estábamos ahí! Cerca de la una de la mañana salimos del certamen y nos concentraron en mi casa, ahí se encontraban los gobernadores y mi mamá ¡qué horror! Nos pusieron una buena. Nosotros no sospechábamos que tenían pruebas y tratábamos de salir del problema; pero cuando nos pusieron el video del certamen y nos vimos ¡qué susto! Así como esto, vivimos juntas muchas otras aventuras, que te las iré narrando.

Aprovechando la posición de hijas del Gobernador nos íbamos en helicóptero a la playa y luego a las montañas o al bosque, todo el mismo día: ¡qué locura! Ellas eran muy inocentes, no sabían que siendo hijas del Gobernador tenían muchos privilegios, como lugar especial en el estadio de fútbol o palco en el Teatro Principal. Yo ya tenía experiencia porque también fui amiga de los hijos de otros gobernadores. Así fue que yo sabía de estas artimañas, siem-

pre tuve la suerte de ser amiga de las hijas o hijos de los gobernadores por mi tío abuelito. La mayoría eran unos chicos prepotentes; ponchaban las *bananas* (flotadores jalados por una lancha), descomponían los *jet-sky*: eran un desastre.

Empezó otra etapa de mi vida, la más importante y definitiva; un nuevo colegio, mixto. Mi primer problema fue que yo había perdido un año y ahora mis compañeras estaban ¡todas de pañales! Muchas otras cosas viví antes de esto, pero conforme pasen las letras y las hojas te las iré platicando.

Ingresé al segundo de secundaria. No tengo vergüenza; era la tercera vez que lo cursaba. El nuevo colegio era muy grande, cerca de un centro comercial. A la hora del recreo nos íbamos a comer algo, o a pasar el rato. Yo seguía de novia del muchacho a quien no me permitían ver y para forzarme a dejarlo, me mandaron a Canadá; pero ni así lo lograron —te digo que soy terca—. Entonces empecé a salirme en las horas de clases y me iba con él. Tenía un bochito amarillo que nos llevaba por ahí ¡bien padre! Alrededor de la una y media me regresaba al colegio, porque mi mamá llegaba por mí a las dos en punto. Todo marchaba muy bien, nunca nos cacharon a pesar de que a mí me vigilaban; de una u otra manera me las ingeniaba. Yo tenía entonces quince años. Empezaron los problemas entre nosotros porque no podíamos ir juntos a las fiestas, y él no quería que yo fuera

sin él. En algunas ocasiones sólo nos veíamos de lejos. Varias veces nuestros dizque amigos nos decían: “Ustedes bailen, o si se quieren ir a otro lado a platicar, por nosotros no hay problema”; pero al final nos acusaban con mi abuelo o con mi mamá. Según ellos sólo para quedar bien con ellos. Ya te puedes dar una idea de lo limitada que me tenían (hasta el teléfono de mi recámara estaba intervenido). Todo esto fue mermando nuestra relación hasta enfriarla. Yo tomé la decisión y terminé con nuestro noviazgo, aunque él se oponía. Empecé a salir con más muchachos, pero él me seguía. Si íbamos en carro, él llegaba en el suyo y nos chocaba. Era un relajo, peleaba con mis amigos como si yo fuera de su propiedad; se daba de golpes en lugares públicos, me jaloneaba, me amenazaba, total que nunca podía salir a ningún lado porque armaba semejantes espectáculos.

Por ahí existía un muchacho joven muy guapo, bueno para los golpes, que traía a todas las muchachas de la sociedad de cabeza. No se me hacía conocerlo; sólo sabía que andaba en un carro Montecarlo americano rojo con blanco, precioso. En un *rally* del colegio iba a competir mi ex novio, y yo estaba ahí. Llegó a pedirme: “¡Quiero que seas mi copiloto!” Pero lo ignoré. Me acompañaba con las hijas del Gobernador y, ya sabrás, su escolta y la mía nos daban dizque mucha seguridad. El lugar estaba completamente lleno, así que las personas que me cuidaban no se daban por enteradas de lo

que estaba pasando... Enojado me agarró fuerte del brazo y me dijo: “¡Te subes o te subo!” Y en eso un muchacho guapísimo alto, fornido, se volvió y lo jaló del cuello advirtiéndole: “O la dejas en paz o aquí vas a valer madre tú y tu porquería de carro.” Yo noté que le dio miedo y se fue. Este muchacho me preguntó: “¿Estás bien?” “Solamente un poco apenada”, porque se había dado cuenta de mi situación. “Lo hice con mucho gusto, y te aseguro que ya no te va a molestar.” Un jalón nos hizo que nos retiráramos —mis amigas y yo— pues estorbábamos a los carros que ya iban a arrancar. Sólo alcancé a escuchar el grito del muchacho que me preguntaba: “Oye, ¿cómo te llamas?” Le grité: “¡Andrea, *bye*, y ¡gracias!”

Como a las tres semanas me salí del colegio temprano, cerca de las ocho de la mañana, porque no tenía clases y me hice la pinta. Me fui al centro comercial. Recuerdo que estaba completamente solo y oscuro. Busqué un teléfono para hablar con una amiga. Ella tenía una boutique ahí, del lado del estacionamiento, en la planta baja. Le pedí: “No seas mala, ya vente a la tienda para meternos ahí. No voy a entrar a ninguna clase. No te tardes que esto está muy solo y oscuro.” Ella me animó: “Ahorita voy; espérame afuera de la tienda.” Me senté en la banqueta a esperarla. En eso estaba, cuando pasó frente a mí una camioneta Nissan amarilla con dos muchachos, que se me quedaron viendo —la verdad, me dio miedo—. Circularon y vol-

vieron a pasar frente a mí. El que manejaba me preguntó: “¿Por qué estás tan sola... no te da miedo?” “No ¡para nada!”, contesté. Su compañero me reconoció porque me preguntó: “¿Tú tienes un Mustang rojo con el techo blanco?” “Sí, ¿por qué?” “¿Y vives en tal calle?” “A qué vienen tantas preguntas.” “Te llamas Andrea ¿o no?” “¿En dónde me conociste, por qué sabes tanto de mí?” “No te acuerdas del *rally* del colegio. Te estaba molestando tu ex novio y yo lo puse en paz.” “Discúlpame que no te reconocí y gracias por esa acción. Pero por qué sabes tanto de mí.” El muchacho que manejaba contestó: “Ni te imaginas lo que sabemos de ti. A mi amigo cuando le interesa algo, lucha hasta que lo consigue.” “¡Uy! Pues qué aferrado. Y a propósito ¿cómo te llamas?” El que manejaba respondió con su nombre. “No, tú no, él”, le dije apuntando a su compañero. Entonces contestó: “Yo me llamo Juan Carlos, para servirte...” Y yo estaba que se me caía la baba. ¡No lo podía creer! Pensé, espérate a que sepan mis amigas a las que se trae botando, y él ni las voltea a ver; se van a morir de coraje. Nos despedimos y como mi amiga nunca llegó, me regresé al colegio. Era miércoles, me fui a mi casa feliz porque al fin lo había conocido.

Poco después, llegó un amigo compañero de montar a invitarme a una fiesta en su casa para el siguiente sábado. Me entregó cuatro boletos: “Puedes invitar a quien quieras, pero no lles paresa porque quiero bailar contigo.”

Rectificó: “No te creas. Si quieres lleva pareja; pero si no, mejor.” “Gracias. Pediré permiso y si me dejan, ¡claro que voy!”

El jueves llegando del colegio, a la hora de la comida, recibí una llamada telefónica. “Seño, es para usted, un amigo.” “¿Quién eres?”, contesté. “Adivina”, me sugirió. “No, pues no sé.” “Ni te imaginas, pero te voy a dar una pista. Mi nombre empieza con J.” Yo ni en cuenta, comencé a darle nombres que empezaban con esa letra, Jorge, Jaime, José y él a contestar que no, así hasta que: “No. No puedo creer que tan pronto se te haya olvidado mi tono de voz...” En eso le digo: “¿Juan Carlos?” “Ya ves que sí te acordabas.” Con el vidrio roto que cubría la mesita del teléfono me rebané el codo, y un buen pedazo de piel. Salía sangre a lo bruto, pero yo feliz a brinque y brinque de emoción del gusto de oír al famoso Juan Carlos. En eso mi abuelita me ponía plastas de vinagre para detener la sangre, y yo no colgaba. ¡Cómo iba a colgar! Del otro lado él me preguntaba: “¿Por qué se oye tanto ruido, como que hay mucho relajó ahí?” Yo aseguraba: “No, no pasa nada.” “¿Te invito a una fiesta el viernes a las diez!” “No mejor yo te invito a otra fiesta pero el sábado.” “¿En dónde?” “En la casa de un amigo mío.” “¿Puedo ir a recoger el boleto?” Y yo muy digna: “No, mejor nos vemos en la fiesta a las diez en punto y entramos juntos; pero te advierto que yo soy muy puntual. Si no llegas en punto, yo entro sola con mis amigas.” “¿En verdad eres

muy puntual?” “Tú lo vas a comprobar ese día”, le contesté. Colgamos y yo quedé malherida. Compré ropa, zapatos y accesorios. Si me hubieras visto, andaba loca de felicidad. Gozaba diciéndome: no le voy a platicar a nadie quién va a ir conmigo a la fiesta para que se queden sorprendidas.

Llegó el ansiado sábado glorioso y nos fuimos a la fiesta. Llegamos como a las nueve cuarenta y cinco, pero dieron las diez y él no apareció. Entré furiosa, recalé con todo el mundo, anduve de muy mal humor. Lo bueno fue que a nadie le había dicho quién iba a dizque llegar. Después de un rato me sacó a bailar mi amigo el de la fiesta; me sentí a gusto y se me pasó el rato rápido. Hasta nos aventamos a la alberca. Así que ya sabrás cómo salimos de la fiesta, todos empapados con la ropa pegada al cuerpo. Y ándale que yo fui la primera en salir y que veo a Juan Carlos recargado en la puerta de su carro con una cara de pocos amigos. Me acerqué y me dijo: “Llegué a las diez quince. Puedes preguntarle al policía de la puerta; él sabe porque yo le pregunté por ti y me indicó que acababas de llegar, y yo le advertí: ¡pues aquí la espero! Ya vi que de verdad eres puntual —me dijo con tono irónico—. Se ve que te la pasaste muy bien” “Sí, de la que te perdiste. Si hay otra fiesta, ojalá llegues puntual.” “No, para la otra yo voy a ir por ti a tu casa”, aseguró. Quedamos de vernos al siguiente día a las siete de la noche en mi casa y así fue como empezó mi relación con mi futuro esposo.

Como amiga de las hijas del Gobernador, ya sabrás que no estaba en paz en mi casa y nunca llegaba puntual para *checar* y Juan Carlos se molestaba. Todas mis amigas y yo viajábamos en el mismo coche y traíamos doble escolta; eso llamaba mucho la atención y él no lo podía soportar. Hasta que un día que veníamos, mis amigas y yo, en mi carro con la doble escolta, al pasar por un café que estaba de moda, nos vieron unos amigos míos y dos de mis ex novios. Nos siguieron en motocicletas, y ya te imaginas qué escándalo se veía. Nosotros en mi carro, atrás dos carros Maverick que eran las patrullas escolta y detrás seis motos enormes. Íbamos llegando a mi casa y Juan Carlos estaba parado en la puerta esperándome. Nos vio pasar y alcanzó a reconocer a mis dos ex novios. No me dio tiempo ni de abrir la boca para explicarle que no venían conmigo, sino que venían a conocer a las famosas hijas del *gober*. Se fue furioso y a los cuarenta minutos me habla por teléfono y me reprocha que si yo creía que me iba a burlar de él, que estaba loca y, además, que no se iba a prestar para hacer el ridículo con todos, porque la gente sabía que yo había sido la novia de esos dos muchachos, y que nadie iba a creer que iban con el interés de cotorear con mis amigas, porque ellas parecían gatas —así me comentó—, rancheras y corrientes y que ni modo que se fijaran en ellas. Era obvio que querían hablar conmigo.

Me quedé sin amigas, porque solamente me traían problemas. En una ocasión una de ellas

cumplió años y le hice una pequeña reunión en mi casa. Obviamente le avisé a Juan Carlos, advirtiéndole que éramos puras mujeres, como era realmente mi idea. Cuando entró la tarde, empezaron a llegar las invitadas, cada una con su amigo. ¡Te imaginas el susto! Y yo sin poderle hablar a Juan Carlos. No estaba en su casa. Transcurrió media tarde y llegaron conmigo a comentarme que habían visto a Juan Carlos con alguien en el centro comercial. Me dio tanto coraje que me fui con un amigo en su moto por una gran avenida y nos encontramos a Juan Carlos con un amigo; venían de arreglar un coche. Imagínate —como él era— ¡que me baja de la moto a media avenida! Se me rompió el pantalón, me subió al carro y me llevó a mi casa.

Obviamente habló con mi mamá preguntándole si ella había dado permiso para eso. Mi mamá ni cuenta se había dado que yo me había salido de la casa. Como es de suponerse, le dio la razón a Juan Carlos y me fregaron a mí. Él supo cómo hacerle para ganarse la confianza de mi mamá.

Un día Juan Carlos fue al colegio por mí; me hice la pinta con él. Nos fuimos a pasear y luego fuimos a tomar un refresco. Me regresó al colegio a la una y media, según él tanteando que mi mamá no se diera cuenta y todo salió bien. Resulta que cuando llegó por la tarde a mi casa, delante de mi mamá me preguntó: “¿Qué tal nos la pasamos? Platícale a tu mamá a dónde fuimos, mientras ella creía que tú estabas en el colegio.” Yo me quedé helada; no entendía qué

estaba pasando. Luego supe que lo hizo adrede para que mi mamá y mi abuelo me sacaran del colegio; para que yo no tuviera contacto con nadie y tenerme segura en casa. Así sucedió, él se salió con la suya, me sacaron del colegio... ¡de haber sabido!

En una ocasión, antes de que nos hiciéramos la *pinta* que me costó el colegio, Juan Carlos traía una moto robada, de esas americanas *chuecas* que venden muy baratas. Las autoridades se la recogieron. Vino a mí para que yo le ayudara a recuperarla; él sabía que yo podía hacerlo a través de mi tío abuelito, ya que en otra ocasión en la que íbamos los dos en la moto nos bajaron unos judiciales, que no me reconocieron porque traía el casco puesto. Por suerte el agente era un ex escolta mío y no nos recogió la moto. Juan Carlos pasó por mí al colegio y nos dirigimos a ver a mi abuelo a su oficina. Eran como las once de la mañana y llegamos a preguntarle qué podía hacer para recuperar la moto de Juan Carlos. Mi abuelo nos atendió muy bien, le habló por teléfono a las autoridades y nos llevaron la moto hasta ese lugar. Mientras mi abuelo hacía las llamadas correspondientes, se me quedaba viendo raro y me preguntó: “¿Se puede saber qué haces tú a estas horas aquí debiendo estar en el colegio?” ¡Dios mío, nunca me acordé de ese pequeño detalle!

Juan Carlos y yo habíamos hecho un trato, él me conseguiría mi certificado de secundaria y yo su moto. Yo no fallé, pero él nunca me cumplió.

Mi prometido oficial, mi primo

Durante toda mi vida, el hombre al que siempre he querido, y que me correspondía, ha sido mi primo lejano, mi gran amor sin consumir. Nuestros padres estaban de acuerdo y también toda la familia juraba que él y yo nos deberíamos de casar, pero era lógico, entre más nos decían más nos apenábamos, y nos dimos tiempo. Así fue durante años.

Tuvimos aventuras inolvidables en los viajes con la familia a las playas, al campo, las montañas.

Cuando yo me casé, él se puso muy mal. Me regaló de matrimonio dos copas de plata y me dijo: “Para que brindes por tu felicidad que dudo mucho que la logres.” Me dolió porque yo lo quería y lloré; pero me casé y tuve a mis hijos. Mientras él no se casaba, a todas sus novias yo les buscaba defectos. Me daba coraje. Hasta que por fin llegó a su vida una buena muchacha, a quien no hallé pretexto, porque también ya era justo que él hiciera su vida. Un día antes de su matrimonio me buscó y nos fuimos a tomar un café. Él me suplicó: “Andrea, divórciate. Toma la decisión rápido; yo estoy seguro de que no

eres feliz. Quiero a tus hijos como si fueran míos.” Y era cierto. Él me quería y también a mis hijos... “Andrea —me volvió a suplicar— decídate y te juro que no me caso.” Yo me saqué de onda pero no me animé, le tenía pavor a Juan Carlos, mi esposo. Sabía que nunca nos iba a dejar en paz y yo no quería arriesgar a mi primo.

Al día siguiente, en la boda, yo fui vestida de negro, con un nudo en la garganta y trataba de disimular lo más que podía, pero creo que no pude fingir, porque la familia en vez de saludarme me daba el pésame, obviamente sin que Juan Carlos se diera cuenta.

Horror, caos, confusión, música, risas... Mi primo empezó a ponerse borracho y me sacó a bailar. Asustada me levanté para que no sucediera un escándalo. Me apretaba y me decía cosas en el oído que me inquietaban y me ponían nerviosa. La gente nos miraba, sobre todo la familia de la novia, y principalmente mi marido. Eso me costó una golpiza brutal al llegar a la casa.

Seis meses pasaron y él me volvió a buscar. Empezamos a encontrarnos en el banco, en los centros comerciales, siempre viéndonos y nunca nos dejamos de querer y de frecuentar. Para mí él era el *ideal* y yo para él —lo podría jurar—.

Un día me dio la noticia de que su esposa iba a tener un bebé. Me dolió, pero me alegré por él. Pasaron los nueve meses y él y yo nos

veíamos a escondidas, adorándonos. Cuando su bebé nació, hicimos una fiesta. Todo marchaba bien, hasta que el bebé se enfermó; era diabético. Inmediatamente me buscó enojado, renegando y gritando que si yo le hubiera dado hijos de seguro habrían nacido sanos, como los míos. Sentí muy feo. No encontraba palabras para consolarlo y hacer que ya no se lastimara más. Al siguiente día le regalé un aparato para que ellos en su casa le hicieran la medición del azúcar en la sangre. Se los llevé al hospital, calculando la hora para que él no se encontrara. Mientras le explicaba a su esposa el mecanismo para manejar el aparato, ella no paraba de llorar. De pronto me interrumpió: “Andrea, tú eres la mujer ideal para mi marido, lo de nosotros ya no funciona.” Al querer contestarle —me salvó la campana—, entró mi primo preguntando por el niño. “Está en los cuneros”, le contestó ella, y él me jaló de la mano hacia los cuneros gritándome: “Míralo, pero míralo bien.” Yo le decía que estaba precioso. Él me recriminó: “Es moreno y enfermo, y los tuyos son rubios y sanos.” En ese momento yo me quería morir de lo mal que él estaba; no me soltaba de la mano. En ese hospital los médicos me conocían, yo no quería que se hiciera un lío de esa visita. Fue bueno que no se comentó nada y yo salí del hospital.

Pasó el tiempo, y él se fue acostumbrando a esa nueva vida, pero siempre me buscaba y nos seguíamos viendo a escondidas. Él siem-

pre fue bueno conmigo. Cuando yo no podía pagar las tarjetas de crédito, me las pagaba sin condiciones ni presiones. Nos queríamos mucho, hasta la fecha yo lo extraño, y creo que él también a mí. Dicen que él ya no es el mismo. De este lugar le he llamado dos veces, pero no quiere tomar la llamada. Estoy triste, lo extraño mucho, me hace más falta que nunca, porque ya no tengo a mi esposo, a quien también adoré de otro modo, pero a mi primo sí lo quería.

Yo no era infeliz con mi esposo. No sé qué sentía por él: me protegía, me cuidaba, me traía cortita, pero no me amaba. Tal vez yo necesitaba de su cariño, de mimos ¿qué sé yo!

Hubo gente que me decía: “Mira, Andrea, si a tu vida llegara un hombre guapo, rico, no te irías con él; pero si llegara un hombre guapo, con dinero, normal, atento, cuidadoso, sí te irías.” Y yo pensaba que esa era mi verdad. Así que por más que pienso, no sé qué sentía por mi marido relacionado con el amor. Lo que sí es que sentía pavor, respeto y algo más... mis hijos, qué iría a pasar con ellos.

Siempre que escucho esta canción, me lleva a tratar de entender este sentimiento por mi marido, tan contradictorio:

De qué te vale callar
Por la mañana fingir
Si tantas noches no viene

De qué te vale soñar
Con ese hombre irreal
Si su desprecio te hiere

Cumplir con tu obligación
De esposa fiel y servil
Dejando a un lado el ser feliz

De qué vale su pasión, hielo en tu piel
Si no te ama, de qué te vale
Si no te ama
Si no te mira al besar
Si no desea tu cuerpo
Si no lo sientes vibrar
Si te consumes por dentro
Si quiebra tu ilusión
Si no te deja salida
Si pasa por tu dolor
Si te encuentras muerta en vida
Si huye de la verdad
Sabiendo que ella sí existe
Si nada puedes salvar
Si la esperanza perdiste
Si no merece tu amor

De qué te vale reír
Frente a todos los demás
Si sólo sufres y lloras

De qué te vale crear
La farsa de un gran hogar
Si tú presentes que él tiene otro más

Temblando por su calor, sin orgullo ni valor
Para arrancarlo de tu alma
Qué puede ser ahora en él
Si pisotea tu amor: si no te ama.
De qué te vale, si no te ama
Si no te mira al besar
Si no desea tu cuerpo
Si no te sientes vibrar
Si te consumes por dentro
Si quiebra tu ilusión

Si no te deja salida
Si pasa por tu dolor
Si te encuentras muerta en vida
Si huyes de la verdad
Sabiendo que ella sí existe
Si nada puedes salvar
Si la esperanza perdiste
Si no merece tu amor

Si no te mira al besar
Si no desea tu cuerpo
Si no lo sientes vibrar
Si te consumes por dentro
Si hierde tu ilusión
Si no te deja salida
Si pasa de tu dolor
Si te encuentras muerta en vida
Si no te mira al besar
Si no mira tu cuerpo
Si no lo sientes vibrar.

De mis compañeros de escuela

Él me gustaba, era de buena familia, en la que no había ningún problema porque yo anduviera con él. Era muy buena persona, guapo y atento conmigo; se ganó mi confianza.

En una ocasión hubo una carrera de motos en la que participaba mi compañero de escuela y me invitó. De hecho mi mamá no me quería dejar ir; le rogué y por fin me dejó, por eso llegué tarde a las carreras. Yo iba con mis amigas. Al ir llegando al campo, me caí; me picó una avispa en la mano y se me hinchó. Seguimos caminando hacia la pista, cuando nos dimos cuenta que llegó una ambulancia, pero yo pensé que era para la seguridad de los competidores. El papá de mi compañero me andaba buscando como un loco, pues su hijo había sufrido un accidente en el entrenamiento. Un borracho se le atravesó y por no atropellarlo se fue sobre una piedra; se golpeó muy fuerte en la cabeza y en la boca; quedó inconsciente. Su papá me dijo que preguntaba por mí en el hospital y me llevó para que lo viera. Mis amigas se quedaron viendo las carreras. Al llegar al hospital, mi amigo

estaba dormido y no me vio; posteriormente me regresaron a mi casa. ¡Ya sabrás el regañadón que me dio mi mamá por la tardanza y por quien me acompañó a casa! Ahí me estaba esperando mi novio; así que me fue peor. El lunes temprano fui al hospital y me encontré con mucha gente entre familiares y amigos que me bromeaban, diciendo que ya había llegado la resucitadora y que el accidentado no quería hablar con nadie.

Yo le había prestado un anillo mío con una “A” de brillantes que no se lo podían sacar en el hospital.

Cuando me vio, estaba hojeando una revista de carros importados y empezó a alucinar qué coche le gustaría para que su papá se lo comprara. Él había sido siempre muy sencillo y no me explico por qué cambió tanto: se hizo sangrón, prepotente, como nunca. En el transcurso de las idas al hospital, me regresó mi anillo, porque ya mi mamá me lo estaba pidiendo, y yo se lo pedía asegurándole que alguien me lo estaba solicitando, para que dejara de presumirme. De todo esto tuve un buen pleito con mi novio, pero se le pasó y seguimos siendo novios.

También conocí a un muchacho muy guapo al que yo le gustaba, y él a mí también, pero teníamos la misma edad y yo prefería a los muchachos un poquito más grandes que yo. Pasaron los años, y cuando yo ya estaba casada y con mi bebé recién nacido, fuimos mi esposo Juan Carlos y yo a un lugar de descanso a pasar el Año Nuevo. Teníamos mucho que no salía-

mos de la ciudad, porque mi tía, hermana de mi mamá —y casi mi mamá— se enfermó de cáncer y estaba muy mal. En plena fiesta Juan Carlos estaba tomando y cuando se levantó al baño, en ese momento, se me acercó mi antiguo compañero, igual de guapo que cuando lo conocí en la escuela. Iba con su novia. Ahora llevaba barba y bigotes. Se puso de cuclillas y recargó sus codos en mis piernas, y me estaba preguntando por mi esposo y mi bebé; deseaba conocerlos. En eso estábamos, cuando veo de reojo a mi esposo que venía del baño furioso. No alcancé a decir nada; lo levantó del cuello y le dio un golpe que le tiró un diente.

Me casé cuando tenía diecisiete años y aunque estaba chica, yo fui con la mentalidad de ser una buena ama de casa, una señora normal. Por un lado pensaba que ya no tenía que pedir a nadie ningún permiso para hacer lo que yo quisiera, lo normal de una señora, pero todo se terminó en la noche de bodas. Esa noche él me dijo cómo iban a ser las reglas del juego, me puso las cartas sobre la mesa. Yo me quedé sorprendida y a la vez con la esperanza de que, como en ese momento estaba borracho, no sabía lo que decía.

Nos fuimos de viaje de novios; pero él viajó como soltero. Me dejaba en el cuarto del hotel, mientras bajaba al bar. Yo no me atrevía a seguirlo por miedo a que se fuera a molestar. Todo nuestro viaje de bodas fue así; sexualmente

no era amor lo que me daba, sino violaciones y salía del cuarto y no regresaba hasta tarde. Yo me sentía utilizada. En el viaje de bodas me embaracé.

El regreso a México, a casa, fue un descontrol, porque vivíamos con mi mamá. Así que él salía de la casa y regresaba cuando le venía en gana. Se la pasaba borracho, yendo a discotecas; mis amigas lo veían, mientras yo me quedaba encerrada en casa, engordando por mi embarazo. Yo me sentía gorda, fea, indeseable... llegué a pensar que él no me quería, porque no le importaba hacerme pasar malos ratos estando embarazada.

Pasado el tiempo se nos ocurrió poner un departamento a una cuadra de la casa de mi mamá. Yo tenía la esperanza de que sería sano, ya que él tendría responsabilidad y sentiría el pendiente de dejarme sola, pero todo fue inútil.

El departamento se encontraba en un cuarto piso. Lo arreglé todo y lo dejé muy bonito; aunque para mí fue muy pesado tanta escalera y tantos kilos encima. Él no tenía buenas ideas para decorar, pero en eso me respetó y lo arreglé a mi gusto.

Unos días después de que todo estaba listo, me encontraba en casa de mi mamá, esperándolo. En el reloj dieron las once, las doce, la una. A las dos de la mañana me di por vencida y decidí regresarme sola al departamento. Me fui caminando y cuando llegué Juan Carlos se encontraba ahí dormido... Yo no le importaba, se veía que yo no le importaba, ni siquiera me

pidió disculpas; él sentía que no había pasado nada. Yo me moría de tristeza... y cada vez más gorda. Así me la pasé todo mi embarazo.

Un día mi tío abuelito le dijo a Juan Carlos que no teníamos necesidad de pagar renta, si en mi casa sobraban los cuartos y que aparte hacía falta un hombre, pues vivían con él puras mujeres, que regresáramos a vivir con ellos. Juan Carlos siempre hacía lo que mi abuelito le decía y aceptó. Nos regresamos dejando puesto el departamento, ya que teníamos pagados dos meses de renta por adelantado.

En esos días nació nuestro bebé. Todo era felicidad y también fue mi esperanza. Pensé que con la responsabilidad del niño dejaría de tomar y de andar con sus amigos como si fuera soltero, pero cada vez nuestra situación empeoraba.

Como a la semana de haber tenido a mi bebé, Juan Carlos se fue al departamento y de ahí llamó por teléfono a mi mamá y le dijo que necesitaba verme con urgencia; estaba borracho. Dejé al niño con mi mamá y me fui caminando. Cuando llegué, la puerta estaba abierta y él se encontraba sentado en la sala, sucio y mal vestido —nunca supe dónde había estado—. Cuando se levantó, se me fue encima a besarme como un loco, tan brusco que me lastimaba, hasta que logró lo que se proponía. Me dolió hasta el alma, apenas ocho días antes había dado a luz. Se levantó como si nada hubiera pasado y me ordenó que fuera por el niño mientras él

se bañaba; pero en el departamento ya no había jabones, ni toallas, ni mucho menos champú. Se enfureció y me dio una cachetada: “¡Vámonos a la casa de tu madre! Yo no sé por qué acepté regresar a vivir allá.”

Ya en casa de mi madre él se comportaba como si nada, y yo también; porque yo no quería que nadie notara su forma de tratarme.

Todos los sábados me quedaba plantada; ya ni siquiera porque se fuera con sus amigos sino que, como trabajaba en el negocio de la familia, se la pasaba con los empleados y las secretarias. Fue cambiando, cada vez peor: costumbres, vocabulario, ideas. Y así seguimos.

Durante mi embarazo, mi tía se encontraba en la fase terminal de un cáncer. Ella me prefería para sus curaciones y para tomar el medicamento; así que yo no podía apartarme de su lado. Fue la única que se dio cuenta de cómo me trataba Juan Carlos, aunque no de que me golpeaba.

Cuando nació mi hijo, para ella fue lo más bello que pudo haberle ocurrido. No se separaba de él, con él dormía, con él comía. Antes de confiar en dejárselo, consulté con el pediatra para preguntarle si el cáncer no era contagioso para mi niño. Me aseguró que no y por eso lo hice. Juan Carlos no puso objeción, al contrario me apoyó. Le retiramos al bebé cuando ella misma lo pidió porque ya no lo podía abrazar; ya no tenía fuerzas. Juan Carlos quería mucho a mi tía, porque cuando ella murió, lloró ¡yo no lo podía creer! Juan Carlos llorando.

Mi tío abuelo le dio a Juan Carlos un nombramiento muy importante, supervisaba la casa matriz del negocio y todas las sucursales. Ese puesto fue su primer escalón —nunca imaginé hasta dónde llegaría—.

En su trabajo era muy cumplido, puntual e inteligente. Logró que toda mi familia y la gente con la que tenía contacto lo quisieran; lo admiraran. Me daba gusto, pero ¡por qué era así conmigo! Yo nunca le hice nada, ni lo contradije; llegué hasta a arriesgar mi vida por ir con él en el carro cuando se encontraba muy borracho. Sabía que nos arriesgábamos y también que podíamos matar a otras personas.

Él era muy prepotente y mi abuelo le dio un permiso para portar armas. Fue lo peor que pudo haber hecho. Con el arma se sentía como un dios.

Las personas que nos conocían se daban cuenta de cómo me trataba, pero nadie se atrevía a decirme nada, les daba miedo. Tal vez también porque no me querían hacer daño. Ahora pienso ¡por qué no se atrevieron! Hubieran intervenido en mi vida a tiempo. Con un pequeño apoyo, me hubiera divorciado y no estaría aquí en esta situación tan horrible.

Fueron quince años de matrimonio, de tolerar violencia, agresiones y dolor; no sólo a mi persona, sino contra mis hijos. Hasta que un día alguien me propuso que le diéramos un escarmiento, y ordené que le dieran una golpiza. Esa persona lo mató... ¡Creí volverme loca!

Me llevaron a Averiguaciones Previas y ahí me torturaron mentalmente y declaré que yo había estado de acuerdo en que lo golpearan; pero nunca hablamos de matarlo. Hasta ahí me enteré que lo encontraron muerto dentro de la cajuela de mi carro. ¡Sentí una sensación de vómito!

Ya no me dejaron salir. Mi suegra nunca quiso hablar conmigo, oírme, no le importó mi verdad. No me dejaron hablar: se dejó llevar por el poderoso dinero. Ella me hundía, seguía haciendo escándalos y teatros, como sabe hacerlos, sin comunicarse conmigo. No me dio oportunidad y de ahí me llevaron al Penal de Mujeres. Con toda la incredulidad de mis treinta y cinco años.

A mi mamá le presentaron a unos abogados que aparentaban ser los mejores. Sacaron a mi familia de mi casa y se tuvieron que ir fuera un año y tres meses. Yo aquí... sola sin ver a mis hijos... ¡qué injusto!

Me sentenciaron a treinta y cinco años. Los abogados se revocaron con nombres de otros abogados que ni existen. Yo le explicaba a mi mamá, pero ella no me hacía caso. Fue engañada, la robaron y se gastaron todos los recursos para que yo pudiera salir de aquí. Sucedieron situaciones raras y hasta estos abogados quemaron documentos y mis fotos de recuerdos. ¡Un desastre! Yo no tuve la defensa adecuada; todo se fue a la deriva. Ahora que tengo un nuevo abogado estamos juntos buscando una luz para po-

der salir de aquí. ¡Que Dios permita que se pueda hacer algo!

La vida en el Penal es horrible; presionante, monótona, triste. Estás sola y sufres. Tengo buenas compañeras con las que me identifico, y nos queremos.

¿Sabes? En los últimos meses de vida de mi esposo, no andaba por buenos caminos; se estaba metiendo en negocios chuecos con amistades raras de México. Cuando yo le preguntaba: “¿Gordo, a dónde vas?” Me contestaba que a mí no me importaba. Ya en la Penal, esos “amigos” vinieron a pedir mi expediente para investigar si yo los había nombrado de alguna forma.

Juan Carlos sufría de depresiones nerviosas tremendas. Tenía delirio de persecución que se agravaba cuando bebía. Te juro que llegamos a pasar meses encerrados en el cuarto porque a él le daba miedo todo. Para comer, nos tocaban la puerta y luego pasaban la comida. Yo no lo podía dejar solo porque se podía hacer daño, aunque le aparté todo con lo que se pudiera lastimar. Nunca lo dejé, aunque recibía fuertes golpizas cuando se desesperaba. A veces me pedía perdón arrepentido como un niño indefenso. Salimos de esa temporada de encierro y después, cuando iniciaba otro periodo de desesperación, preferí llevarlo al hospital; ahí las enfermeras me ayudaban a cuidarlo.

En una ocasión que le entró la desesperación, mucho frío y temblor, me hizo que lo llevara al hospital. Estábamos ya en pijama, y no

me dio chance ni de cambiarme. Y así me la pasé seis días sin bañarme, ni cambiarme de ropa, porque él —pobre— no me soltaba la mano. Esa vez nos quedamos en el hospital por trece días, y cuando lo dieron de alta y ya íbamos saliendo del hospital, no se quiso subir a la camioneta. Nos regresamos y permanecemos en el hospital cuatro días más.

Sin embargo, ayudados por su psiquiatra íbamos saliendo. Juan Carlos tomaba un medicamento que se llama Ludiomil, un antidepresivo, pero empezó a abusar de él. Como consecuencia pedía comida a todas horas; día y noche comía donas y chocomiles. Se puso muy gordo; no le quedaba su ropa; tenía que usar solamente *pants*. Posteriormente, le dieron tres ataques horribles, como epilépticos. El primero le dio durante una comida con gente importante de la política. Juan Carlos había sido designado para un puesto público muy importante. Cuando sucedió, me asusté muchísimo; nos llevaron en ambulancia al hospital. Tardó tiempo en recobrar el conocimiento. Cuando se sintió mejor, nos regresamos a casa. Su médico nos informó que el ataque fue ocasionado por el abuso del Ludiomil.

Regresamos a que Juan Carlos tomara la responsabilidad de su cargo. Poco tiempo después empezó a sentirse mal; otra depresión muy fuerte y decidió renunciar. Su superior no le aceptó la renuncia y le dio una licencia por cinco meses. Juan Carlos no mejoraba, pensando

que tenía que regresar a cumplir con esa responsabilidad tan grande. Insistió hasta que le aceptaron su renuncia. Yo me desilusioné. Me sentí mal de no haber podido ayudarlo. Esa enfermedad es tremenda. No me gustaría llegar a pasar por ella... Y ahora en este lugar en el que estoy, me siento a punto de sufrirla... yo sé cómo empieza... yo sé, y así me siento.

Aunque a mis hijos siempre traté de protegerlos, de todas formas el mayor siempre resultaba culpable de todo, no comía bien, porque Juan Carlos lo obligaba al extremo de hacerlo vomitar, desde que tenía dos años —era tan triste— y yo sin poder hacer nada.

Juan Carlos empezó a emborracharse y me telefoneaba advirtiéndome: “No quiero que los niños me vean así. Voy a llegar hasta que ellos se hayan dormido.” Bueno, en este sentido no era tan malo. Después, ya no le importó nada, únicamente que los niños no se dieran cuenta. Contrariamente, llegaba cayéndose de borracho y los despertaba a gritos: “¡Ya llegó su padre!” Aclarándome que lo hacía para que sus hijos vieran que sí llegaba a dormir a casa.

Un día mi hijo menor le preguntó por qué la cama de nosotros estaba tendida. Al principio, no sabía qué contestar, hasta que acordándose de mí le argumentó: “Es que tu madre, en lugar de venirse a acostar, me espera despierta tirada en la alfombra; como si eso sirviera para que yo llegue más temprano.”

En otra ocasión —la de su peor descaro— me llamó por teléfono avisándome que llegaría a comer para que lo esperara. Feliz arreglé la mesa, calenté la comida y dejé todo preparado: eran como las dos de la tarde. Me fui al *mezzanine* a esperarlo. Llegaron las tres, cuatro, cinco, seis de la tarde cuando sonó el teléfono. El mesero de un restaurante me informaba que Juan Carlos se encontraba ahí comiendo con una mujer y bastante borracho, que si yo podía ir por él. ¡Por supuesto que no! Casi llorando le di las gracias. Me sentí mal; muy mal, la mujer más despreciada del mundo. Fingí tranquilidad, hasta no poder más. Eran como las ocho de la noche, cuando volvió a telefonar. Apenas comprendía sus palabras atropelladas de borracho: “Ten a los niños listos porque voy a pasar por ellos para llevarlos a la lucha libre.” “En ese estado no puedes manejar y menos con los niños”, le reclamé. Se enfureció amenazándome: “O los tienes en la puerta, o me paso por ellos.” “Está bien, les voy a decir que vienes.” Fui a buscarlos para decirles que su papá venía por ellos para llevárselos a las luchas. Ellos se pusieron felices esperando a su padre. Llegó Juan Carlos y los niños corrieron al carro y se fueron. Yo me quedé con un pánico y una angustia que me dolía el corazón. Dieron las diez, hora en que finalizaban las luchas y ellos no llegaban.

Fueron llegando como a las doce y media de la noche. Salí a recibirlos, pero él ya había arrancado, sólo los dejó en la puerta y se fue. El

más pequeño llegó con unas máscaras de luchador; en cambio, el mayor venía triste, callado, a punto de llorar. Subieron a su cuarto pero él no podía dormir, hasta que por fin me dijo: “Mami, mi papá llevó a otra muchacha y la abrazaba y la llamaba como a ti ‘gorda’, pero cuando se daba cuenta de que no eras tú, la aventaba muy feo.” Me quedé helada, no sabía qué decir ni qué hacer. Mi hijo observó que no lloré, aparenté que no me importaba y así se quedó dormido.

Bajé al *mezzanine*, y como a las tres de la mañana —no me importó la hora— llamé por teléfono a un amigo de la familia, abogado, para pedirle que si me apoyaba para divorciarme... me respondió rotundamente que no, que mañana ya estaría más tranquila. La verdad es que a mi esposo le tenían miedo. Así, no conseguí nadie que me ayudara. Cuando Juan Carlos se dio cuenta de que alguno de los niños me había platicado lo de la mujer en las luchas, enérgico y enojado los castigó exigiéndoles que escribieran dos mil veces la oración: “No debo ser chismoso.” Los niños cansados tuvieron que terminar, pues él estaba ahí parado con el fajo en la mano.

Como puedes ver, mis sueños de un matrimonio feliz, se hicieron nada. De un de repente, me vi ahí en esa realidad dura, con dos hijos que adoro y que son mi vida.

Cuando Juan Carlos quiso dejar de beber, llegó muy contento con unas pastillas y me las mostró: “Mira Chaparra, son para dejar de be-

ber vino. Me las voy a tomar. Ya no quiero volver a beber, la estoy regando y feo.” “¿Pero no son peligrosas?”, le pregunté. “No, no lo son. Quiero que hagamos un trato. En este cartón vamos a escribir que me voy a tomar las pastillas. Tú me las vas a dar una cada día. ¿Estás de acuerdo? Fíjate bien —me insistió—, si tú ves o notas que yo ya no me las puedo tomar, entonces me las mueles y me las hechas en un chocomilk o en la sopa, en donde sea; pero no me las dejes de dar... Tú eres la responsable. Si yo vuelvo a tomar me vas a tener que dar cien mil pesos y si logramos que yo ya no tome; entonces, te los doy yo ¿qué te parece?” Yo asentí y firmamos sobre el cartón. Empezamos muy bien. Él me pedía la pastilla y yo se la daba. Después yo se la daba aunque no me la pidiera. En el desayuno, él se la tomaba. Unos días después empezó a querer esconderla debajo del plato para después tirarla y yo se la volvía a poner; pero se encolerizaba. “¡Chingada madre! Qué lata das...” Yo sentía feo, pero me aguantaba porque había hecho un trato. Días después, él prefería salir a desayunar fuera. Pero yo seguí obedeciendo y cuando llegaba a comer o a cenar se la ponía molida; al fin que yo sabía que era una pastilla inofensiva, ya lo había consultado con un doctor: era sólo para que dejara de beber alcohol. Pasaron veintidós días y se fue temprano a bañar al Club (yo segura, le ponía la pastilla). Como a las ocho suena el teléfono. Cuando descolgué oí su voz tremenda: “¡Perra

estúpida, pues qué crees, eres una puta asquerosa, desgraciada! ¡Ya voy llegando a la casa y me las vas a pagar!” Yo no sabía qué estaba pasando. Me quedé aterrorizada; no podía ni pensar qué hacer. A los cinco minutos llego abriendo la puerta de un empujón; me agarró de los cabellos y me subió las escaleras; me lastimó muchísimo. Ya en el cuarto me golpeó con brutalidad. No sabía qué pasaba, sólo me di cuenta que su cara estaba muy colorada; pero pensé que era del coraje. Hasta que por fin me gritó: “¡Qué me diste, bestia! Me tomé una manzanilla en el vapor y me hizo reacción.” Yo le recordé: “Quedamos que yo te daba la pastilla ¿no?” “No, estás loca; eres una perra.” Jamás volvimos a mencionar lo del trato firmado en el cartón. En castigo, además de la brutal golpiza, me mandó por un mes a dormir a un sofá y sin dirigirme la palabra —sólo para lo indispensable—. Para que los niños no se dieran cuenta, me acostaba cuando ellos ya estaban dormidos. Tenía que levantarme muy temprano para que no vieran las cobijas tiradas sobre el sofá.

Te has de preguntar qué pasaba con el apoyo y predilección de mi abuelo por mí. Cuando mi abuelo vivía, todos los días temprano telefoneaba buscando a mi esposo, o mi esposo a él, para ponerse de acuerdo para arreglar los asuntos del día, porque desde que me casé, ellos hicieron una alianza de hombres. Yo

pensaba: algún día va a sonar ese aparato para avisarnos que mi abuelo amaneció muerto, siempre lo pensé y tenía mucho miedo. Así pasaron los años y resulta que no fue como me lo imaginaba. Un día se sintió mal por la mañana, despertó con un dolor soportable en el estómago pero no quiso quedarse a reposar en casa y así se fue a su oficina a trabajar; tenía una cita con una persona muy importante. Terminado el día de trabajo, al salir, el dolor ya se había hecho más intenso y lo llevaron al hospital. Ahí le administraron suero para que no se deshidratara y me llamó su chofer por teléfono. Yo no pude ir porque estaba esperando a los niños de la escuela; pero mi marido salió directo al hospital. Le dieron de alta indicándole que se mantuviera en reposo. Me fui a un lugar para rentar películas y le renté cinco películas de Cantinflas para que se entretuviera. Al llegar a su casa ahí estaba su hija con su marido, que es médico (no muy bueno) y que trabaja en el Seguro Social. Encontré a mi abuelo con el dolor que no lo podía soportar y se hallaba en la cama acostado en forma de feto. Casi no podía hablar. Me dijo: “Hija, habla para que traigan una ambulancia del hospital y me lleven para ver qué tengo.” Llamé a la ambulancia con la intención de enviarlo a un hospital particular; pero su hija se opuso, ya que su marido era médico y pertenecía al Seguro Social. Discutimos por un momento pero el abuelo con voz que apenas se podía escuchar me suplicó: “Hija, a donde sea,

pero ya.” Comprendí que ella era su hija y yo nada más su sobrina nieta. No insistí y se lo llevaron al Seguro Social. Fue de mal en peor. La gente no paraba de telefonar para saber de su salud, para ofrecer aviones particulares y llevarlo a Houston o a Boston, pero nadie me apoyó. Sufrí mucho al no tener la mayoría de votos entre sus familiares. A mi tía abuela le faltó valor para tomar la decisión de llevárnoslo. Si ella me hubiera apoyado, otra cosa hubiera sido. Dos meses en el hospital pasamos cuidando que no entraran ni reporteros ni sacerdotes, para que no le alteraran su estado de salud. Los médicos vieron la necesidad urgente de una operación y nos consultaron; todos estuvimos de acuerdo en que lo operaran y el abuelo ya no salió de la terapia intensiva. En los pasillos de ese lugar, me di cuenta de comentarios familiares hacia mí, de envidias; los oídos no dejaban de zumbarme. Sabían que yo era la consentida del abuelo, así que sus comentarios eran que yo sería heredera. Hacían chismes groseros e hirientes en voz alta para que yo los oyera. Cuando entraba a ver a mi abuelito a terapia intensiva, le susurraba a su oído palabras de amor y ánimo, para que no se diera cuenta de lo que estaba sucediendo. Yo le pedía perdón por no haber tenido los pantalones suficientes para haberlo llevado al hospital de mi confianza; y me cuestionaba: en dónde está la Andrea que tantas veces deseaste... “hija, si tú hubieras sido hombre”. Yo no me atrevía ni a verlo. Él se encon-

traba con sus ojos cerrados, inconsciente, comunicado a la máquina que marcaba el palpitar de su corazón y cuando yo le hablaba, el monitor de la máquina se aceleraba. Yo no quería impacientarlo y entonces callé. Fue triste para mí todo ese tiempo de pesadilla.

Ese día, desvelados de haber estado en el hospital hasta las cuatro de la mañana, mi esposo se fue a su trabajo a las cinco y media y yo me regresé al hospital. Como a las seis y media vi llegar una multitud, entre periodistas, políticos, familiares, amigos, que parecería ya sabían que su muerte estaba próxima. El abuelo murió cerca de las nueve de la mañana. Un caos siguió a su muerte: gente importante de la industria y la política llegaban a dar el pésame a la abuela. Yo no me separé de él para nada. Bajamos por un elevador dos enfermeros, el abuelo y yo. Nadie más nos siguió; ya no importábamos. Posteriormente, llevaron a la abuela y a mi madre a una salita lejos de la prensa. Mi esposo se las llevó en mi auto a su casa y, por supuesto, yo me volví a quedar sola. Yo llevaba la maleta del abuelo con sus iniciales, cargaba algo de ropa y utensilios para aseo personal que nunca llegó a utilizar. Bajé la rampa para buscar un taxi, pero tuve la suerte de encontrar un conocido que me ofreció llevar a casa. Acepté porque quería llegar antes que los niños y darles yo misma la noticia, y que no se enteraran por los noticieros de televisión. En el camino a casa, el muchacho me comentó que tenía a su madre

en el mismo hospital enferma y que sentía mucho lo de mi abuelo; por cierto, a él fue al único que sentí sincero de toda la gente que me dio el pésame.

Llegaron mis hijos de la escuela y con verme la cara y los ojos se dieron cuenta que el abuelo había fallecido. Lloramos juntos por largo rato, se pusieron su traje de gala oscuro y nos fuimos a la funeraria. Ellos fueron los primeros en hacer guardia de honor a mi amado tío abuelito y padre por elección.

Días en rojo

SÁBADO 28

Vino una pareja de amigos de México. Estuvimos con ellos paseándolos. Al fin el domingo por la noche los llevamos al aeropuerto, Juan Carlos, los niños y yo. De regreso mi esposo nos advirtió: “Vengo ‘muerto’. Llegando a casa, no estoy para nadie: me voy a acostar.” Ya en casa, enfadado se subió a su recámara; mi suegra se encontraba ahí y ni siquiera la saludó (bueno, no era raro en él). Juan Carlos ya estaba acostado cuando llegó a visitarlo un amigo ya grande de edad. Mi hijo mayor abrió la puerta y le dijo: “No sé si está mi papá, o si está dormido.” Juan Carlos iba bajando la escalera y mi hijo se le acercó para decirle lo que estaba pasando. Mi esposo lo insultó: “Tú quién eres, pendejo, para andarme negando.” “Tú nos advertiste, papi, que querías descansar.” “¡Ni madres, cabrón, inútil! ¡Eres igual a tu madre! Se me largan para arriba, porque voy a pasar a mi amigo.” Mi suegra le llamó la atención: “No le hables así al niño.” Pero Juan Carlos, sin más, lanzó también hacia ella su ira: “¡A ti qué te

importa, pinche metiche, ya te vas largando tú también!” Y así fue.

DOMINGO 29

Ahora que estoy reflexionando, no sé por qué sólo me acuerdo de lo malo de mi relación con Juan Carlos, y nada de lo bueno... ¿será que en realidad nunca hubo algo bueno? No lo sé.

Mi marido me regaló un reloj Rolex muy caro y un Cadillac nuevo. Con esto pensaba que yo le debía todo. En esos momentos, sentí la necesidad de devolvérselos, para no sentirme en deuda. Aunque eran cosas valiosas —a quién no le gustarían— pero ya valoré, y no valen la pena.

En nuestros viajes a la playa, las amenazas comenzaban desde que hacía las maletas: que si llevaba muchas cosas; que yo era una *triquienta*. Media hora antes de salir me deshacía el equipaje. Te imaginas ¡qué agonía! Con las prisas, gritos, los niños y demás... Llegando al hotel empezaba a beber y beber. En esa ciudad teníamos unos compadres y eran el pretexto para que en cuanto llegábamos se fuera con ellos diciéndome que mientras yo arreglaba los cajones iba a saludarlos; que regresaría pronto y me advertía: “No te salgas del cuarto; no me tardo ¿ok?” Y seguía recibiendo sus llamadas por teléfono, anunciándome que ya no tardaba, y así hasta la madrugada.

En otro de nuestros viajes al mismo lugar, nos fuimos en avión y allá el compadre nos iba

a prestar su coche. Supuestamente, nos lo llevaría su hijo a las cuatro de la tarde y lo estacionaría frente al departamento, encargando las llaves en la recepción del hotel. Mis hijos siempre se quedaban conmigo. Juan Carlos habló a diferentes horas: las cuatro, las ocho y las doce de la noche para preguntar si ya habían llevado el carro. Yo le contestaba que no, pues en el lugar donde habíamos acordado no aparecía ningún carro. Juan Carlos llegó como a las cinco de la mañana; venía acompañado por el compadre y no podía subir las escaleras; de manera que lo dejó en el elevador. Nuestro cuarto estaba como a cuatro puertas, yo salí a recibirlo. Yo vestía una pijama muy cortita (hacía mucho calor). Al abrirse las puertas: sus gritos se oían en todo el pasillo. Los vecinos, de plano, salieron a ver qué estaba pasando. Me maltrató alegándome que yo quería terminar con la amistad entre él y su compadre, porque el carro estaba ahí desde las cuatro de la tarde, estacionado en el hotel. Entre que se caía y no, la pelea se alargó hasta las seis de la mañana. Me jaló del cabello y me metió al elevador para llevarme a que viera dónde estaba el carro. Estaba en otro lugar, no en el que habíamos convenido. ¿Cómo lo iba yo a encontrar entre tanto carro y tanta gente? A mí se me transparentaba la pijamita y me sentía avergonzada, porque era la hora de llegada de los trabajadores de la limpieza, salían los del estacionamiento y era el cambio de turnos. Con descaro todavía Juan Carlos les preguntaba:

“¿Verdad que tener una esposa como ésta vale madre?” La gente no me veía, para que no me apenara; pero claro, guardaban silencio. Después de ese ridículo nos subimos y yo pensé que se iba a dormir, pero nada, que me pide: “Prepárame la tina, porque nos vamos a bañar.” Mis hijos estaban a punto de levantarse. Me metió a fuerzas a la tina y tuvo una relación sexual conmigo de la forma más bestial. Por desgracia mi hijo mayor estaba viéndonos, pero como que no entendió lo que sucedía. Juan Carlos se dirigió al niño: “Ven, mi cabrón, qué hiciste ayer” (ayer, todo el día en que él no estuvo con nosotros). Mi hijo lo veía y no sabía qué contestar. Juan Carlos extendió la mano y lo jaló metiéndolo en la tina. Yo me alcancé a salir y me puse una toalla, porque todavía traía mi pijama. Después que se le pasaba la borrachera, me juraba que una cosa así ya no iba a suceder otra vez, que lo perdonara y me hacía que cerrara las cortinas para que no lo vigilaran. Tenía delirio de persecución. No me permitía salir del cuarto, me abrazaba y lloraba, mientras nuestros hijos jugaban por todo el hotel. El mayor subía a ratos a reportarse conmigo para que yo supiera que su hermano y él estaban bien. Después de tres o cuatro días Juan Carlos se animaba a salir y ya no tomaba hasta que regresábamos. Esas eran mis vacaciones de siete días en la playa.

Las navidades eran patéticas. Los niños felices con tanto regalo que gracias a Dios les

sobraban. Juan Carlos con cara de pocos amigos, porque para él era mal acostumbrarlos. Pero mi esposo sí recibía los regalos de mi mamá, que a mí me sorprendían. No me importaba. Yo sabía que después de la cena y de llegar a nuestro cuarto, me recriminaría que nosotros le hacíamos pasar puros malos ratos, que cómo mi mamá se ponía a gastar tanto dinero si veía la situación y su eterno reclamo: “Tú tienes la culpa.”

Mis hijos llegaron a reprocharme: “Mami, es que tú no tienes dignidad.” Yo ya no sabía dónde meter la cara.

EL INCIDENTE

A Juan Carlos le dio por usar goma para peinar-se. Le gustaba una de color rosa; pero en la farmacia me recomendaron la verde, así que compré dos rosas y dos verdes. A mi marido le gustó más la verde y se terminó un pomo. Yo sabía que aún tenía otro verde y grande; lo acababa de ver, porque yo le dejaba todo listo para el baño del siguiente día —así era a diario—. Me acosté tranquila, él tenía un desayuno temprano. Al amanecer, como a las seis, se levantó a bañar y yo segura de que todo estaba listo. De repente escuché su grito: “¡Andrea! ¿En dónde está la goma verde del pelo?” “Ahí te la dejé”, le respondí. “Pues no hay nada ¡ven acá!” Me levanté con las piernas temblorosas y efectivamente, no estaba el pomo de la goma. Qué pasó con la

goma —me preguntaba— si yo la había dejado ahí la noche anterior. Él traía la goma rosa en la mano y gritaba: “¡Tiene que aparecer!; ¡trae a las sirvientas!” Ellas le aseguraron que no usaban goma. “¡Trae a los niños!” Pero ellos ya se habían ido al colegio. Empezó a abrir como loco todos los cajones y a tirar todo lo que se encontraba en ellos. Entró al cuarto de los niños haciendo lo mismo. Se me acercó, me aventó goma en la cara y en todo el cuarto. Yo no me podía mover del tiradero que había. Estaba sentada en la cama. Metió la mano en uno de los cajones y agarró un puño de alfileres y me los arrojó en la cara, pero gracias a que tenía la goma embarrada no me hicieron daño. Gritó: “¡Voy al desayuno y enseguida vuelvo. Saca a los niños del colegio y los traes aquí para que me la den!” Se fue furioso y yo mandé por los niños. Cuando llegaron y vieron el desastre me preguntaron: “¡Qué pasó! ¿Quién hizo todo esto, mi papá, verdad?” Tuve que platicarles. Entonces mi hijo mayor quien tenía trece años sacó su cámara instantánea y empezó a tomar fotos de aquel desastre y me dijo: “Estoy seguro, mamá, con estas fotos sí te van a dar el divorcio.” Me dejó sorprendida. Ya eran muchas las cosas que ellos veían y no comprendían qué pasaba conmigo: golpes, patadas, insultos de los más bajos y fuertes, y yo no hacía nada. La goma nunca apareció. Como una semana le duró el coraje.

Ahora me encuentro aquí, en el Penal. Cuando llegué pasó un largo año y dos meses sin

que yo pudiera ver ni a mis hijos ni a mi mamá. Así les convenía a mis abogados, porque me robaron y me engañaron; así les convenía. Ellos me robaron y me hundieron.

Después de ese largo tiempo que no pude ver a mis hijos, el primer día que los vi, el más pequeño me aclaró: “Mamá, a mí se me quebró la goma ¿me perdonas?” “¡Qué bueno que te quedaste callado! —le afirmé—, si no, tu papá te hubiera mandado al hospital.” “Sí mamá, pero a ti sí te golpeó.” “No importa hijo... ya pasó.”

Después de todo lo vivido, el mal trato y la humillación a mis hijos, yo ya no aguanté más y cuando un guardaespaldas de su escolta me propuso: “Señora, si quiere que el señor la deje de tratar así y de golpearla, le hace falta un escarmiento. Si se anima, yo veo quién se lo da, para que el licenciado vea que usted no está sola y la deje en paz.” Yo estaba en un momento de locura o de aturdimiento cerebral, porque no puedo recordar bien ahora, y cómo me animé a decir que sí y confiar en el criterio de los guardias. Pero no sólo lo golpearon sino que lo mataron.

Me culparon a mí y me sentenciaron a treinta y cinco años de prisión: toda mi vida. No es justo: mis hijos ya tienen quince y dieciocho años. Ellos me adoran y mi madre y mi tía me quieren y me apoyan. Tengo la suerte de que toda mi familia está conmigo. Obviamente la familia de Juan Carlos me odia. Mi suegra hizo cosas tan graves, como escándalos y falsos tes-

timonios. A ella no le importo yo. Ella sólo quiere el dinero; el dinero que les pertenece a mis hijos.

Quise dejar la descripción de mi madre hasta el final de mi relato, porque tanto ella, como yo, fuimos educadas para rendir y obedecer a los hombres; más aún, cuando son como mi padre, mi tío abuelo y Juan Carlos, una especie de caciques. Una vive con miedo y sometimiento a la vez que de *quedar bien* con el señor, como si fuera dios. Tal vez por eso mamá guardaba silencio y yo tampoco los enfrentaba. Mi madre sólo deja sentir su fuerza en lo moral. En otro campo ni su voz, ni su opinión eran importantes. Yo repetí su actitud.

De mi madre te puedo hablar mucho, no es difícil describirla. No es que yo te vaya a exagerar, pero hasta ahora que me encuentro privada de mi libertad nunca me ha fallado. Es muy buena persona, entregada a mí desde que nació, cuando yo fui creciendo ella quiso seguir siendo la misma, sólo que mi papá no se lo permitía. Ahora está otra vez dedicada a nosotros, a mí y a mis hijos. Es una mujer que ha sufrido primero la trágica muerte de mi padre, que no te había platicado, él se quitó la vida. Posteriormente, mi madre sufrió mi rebeldía y la muerte de mi abuela, quien la desheredó. Ahora vive padeciendo mi situación. Lo más admirable de ella es su fe bien puesta; es muy católica y no se dobla. Debo decirte que cuando quedó viuda era joven aún y nunca más buscó otro compa-

ñero. Se dedicó completamente a mí en cuerpo y alma. Sabrás que no tengo con qué agradecerle o pagarle todo lo que ha hecho por mí y ahora por mis hijos que viven con ella. No es nada fácil controlarlos y darles una educación. Dos jóvenes de dieciocho y quince años muy heridos de padre y madre. Necesito mostrarles otra forma de vida por lo que a mí respecta.

Sigue aquí mi vida monótona, que me está matando día a día. No lo he podido superar. Ya tengo tres años y días y mis nervios me traicionan. Veo que mi esposo se sienta en mi cama y me amenaza que se va a llevar a mis hijos. Me asusta; se asoma por mi ventana y se me queda mirando. Lo oigo gritarme cuando voy caminando afuera de los dormitorios y yo pregunto: “¿Quién es?” Y no me responde nadie. Tengo mucho miedo: no lo puedo controlar.

La farsa

se terminó de imprimir en febrero de 1999
en Editorial Pandora, S.A. de C.V., Cañas 3657,
La Nogalera.

Tiraje: 500 ejemplares

Coordinación: María Luisa Burillo

Cuidado de edición: Tere Peregrina y

Verónica González Márquez

Portada: Francisco Castellón Amaya

Fotografía: Olivia Campos de Gallo

Tipografía: TonoContinuo

Captura del texto: Josefina Llera